

mientras que los viejos poderes literarios, políticos, religiosos y sociales, aturcidos por tanto ruido y deslumbrados por tanta luz, huían despavoridos batiéndose en retirada con mohosas armaduras contra la moderna artillería con que los batía en brecha ¡gloria á su causal! aquella tropa de Titanes.

¿Prevería Bacon el pasmoso éxito de su método al dejar dicho en su testamento—«lego mi memoria á la posteridad y á los siglos venideros?»—Imposible. Y si acaso Bacon tuvo la intuición de su gloria, ciertamente que tal clarividencia no la ha tenido por el método *inductivo*, es decir, pasando de la materia al espíritu, sino que le ha caído de alto abajo desde aquella cosa *innata* que Bacon no pudo nunca borrar de su alma á pesar de su método, y que es aquella corcilla con quien consultaba Sertorio, la ninfa Egeria que guiaba á Numa, el demonio de Sócrates, el génio de Platon, es el alma, el *yo*, la personalidad, en fin, que por un método completamente anti-baconiano ha sido creada por gracia de Dios y para gloria de los hombres.

ARTICULO XXVII.

Desde Alicante á Valencia. —Viaje de los reyes.

A bordo de la fragata Perla.

Son las dos de la tarde del veintiocho de Mayo de mil ochocientos cincuenta y ocho, y nos encontramos embarcados en la fragata *Perla*. A la izquierda se vé á Alicante con sus áridos alrededores *que dan sed*, y á la derecha se vé la escuadra que vá á conducir á la real familia á Valencia, y cuyos buques interrumpen agradablemente la monotonía de ese mar, que cuando le preguntaron al Cardenal de Borbon qué tal le parecia, contestó, describiéndole perfectamente: «lo que yo me habia figurado, *muchísima agua... mucha agua!*...» Efectivamente, el mar tiene demasiada agua para que no sea monótono. Y para sacar partido de esta monotonía escribiendo á Vds., seria menester tener la bizarra originalidad de nuestro colaborador y amigo Juan Valera, porque despues de embarcados, ¿qué es lo que veis alrededor de la *Perla*? A los lados agua, mucha agua;

encima un espacio sin medida, y debajo un abismo que no se puede sondar.

Pero ya que tengo la pluma en la mano, me decido á escribir á Vds. mis impresiones de viaje, aunque me convenzo de que soy el peor cronista posible. Nunca sé decir lo que veo, sino lo que me figuro que veo. Soy un escritor parecido á las arañas; jamás sé hacer telas como no las saqu^o de mi propia sustancia.

¡Qué ruido, Dios mío! Han dado las tres, y se conoce que la falúa que conduce á SS. MM. para dirigirse al navío *Francisco de Asís* sale del muelle. Jamás he visto un rey tan vitoreado como la reina Isabel II en los tres dias que ha permanecido en Alicante. ¿Será posible que este ruido, como todos, no tenga más destino que ir á parar al silencio?...

El muelle parece una península formada de postes de carne viva, condenados, por un delirio, á agitar un pañuelo blanco. El castillo, los baluartes, las naves españolas, inglesas y francesas, asordan el mar y la tierra con una multitud de cañonazos. Más de ochenta embarcaciones empavesadas siguen la falúa real, tocando himnos y lanzando repetidas aclamaciones, á las cuales contestan las tripulaciones con sus quince vivas de ordenanza. Este ruido vá á ser una perdicion para los pescadores de Alicante, pues en medio año no les sale á los peces el susto del cuerpo, y será difícil convencerlos de que deben volver á sus playas para dejarse pescar.

¡Qué espectáculo tan bello y tan grandioso! La tarde de hoy sólo se puede comparar con la de ayer, cuando los reyes visitaron la escuadra. Las salvas de la artillería, los buques empavesados é iluminados, y un pueblo entero saludando á sus príncipes con la ternura expansiva de una adhesion sincera; parecía anoche Alicante un panorama delicioso ofrecido por Dios en espectáculo á los mismos ángeles.

Se leván anclas, y la escuadra se pone en movimiento. El navío *Francisco de Asís*, que conduce á la real familia, es remolcado por el vapor *Isabel la Católica*: al costado izquierdo vá la fragata *Isabel II* remolcada por el *Santa Isabel*, y al derecho camina nuestra *Perla* llevada por el vapor *Pizarro*. Los demás buques de la escuadra siguen á una regular distancia. Al ver este gérmen de nuestro futuro poderío naval, no puedo ménos de dirigir mis ojos hácia la quinta de mi amigo el marqués de Molins.

Segun el marqués de Molins, este viaje de la Reina ha sido una exposicion de «la historia del trigo.» La expresion es exactísima. Alrededor de Madrid aún estaba como la *grama*; en la Mancha Baja se le vé más *crecido*; hácia Villena *espigado*; en los campos de San Vicente *segado*, y en la huerta de Alicante *trillado*. Todas estas edades del trigo se recorren en doce horas.

Y á propósito del marqués de Molins, estos dias, al contemplar la mayor parte de los buques de la escuadra, de cuya construccion ha sido el autor, debe haber hallado una grande felicidad presenciando estos gloriosos resultados de su antiguo poder. ¿Qué hace el marqués de Molins sin tomar una parte activa en una fiesta, cuyo honor tanto como al que más le pertenece? ¿Es que le agrada más aceptar el imperio del huerto de legumbres, cuya soberanía reclamó Diocleciano en Salona? ¿Es que se le vá retirando la fortuna? Aunque fuese así, nunca se le retirará la gloria.

¡Adios! ¡adios! las aclamaciones de la multitud ya se oyen bastante lejos. Sólo las adhesiones pertinaces de algunos monárquicos nos están siguiendo al doblar el Cabo de la Huerta, lanzando *vivas* á la Reina desde el vapor *Alicante*.

Aún nos hacen demostraciones cariñosas. — ¡Adios! ¡Adios! — ¿Que buen viaje? — ¡Gracias! Pronto nos volveremos á ver. — ¿Que dónde? En el puerto comun. — ¿Que cuál es? — ¡La eternidad!....

Se acerca el crepúsculo, y ya no vamos viendo más que aire y agua, y por variar agua y aire. Ahora, pues, como la araña, hagamos la tela de nuestra propia sustancia. ¡Acudid, esperanzas mías! ¡Venid, mis recuerdos! Un marino sin recuerdos ¿en qué pensará, Dios mío?

¡Los recuerdos! ¡Y qué agradables los tenemos de nuestra expedición! ¿No es verdad, caballeros expedicionarios? ¿Os acordáis de Villena? ¡Quién tuviera la arrebatadora elocuencia de su predilecto hijo, el Sr. D. Joaquin María Lopez, para pintar aquel almuerzo cordial que la Diputación provincial de Alicante nos preparó bajo una tienda de campaña, que ningún rey ni emperador la han visto nunca más linda, incluso los conquistadores de Asia, que por razón de su oficio, se han visto muchas veces en la necesidad de tener que tomar la sombra!

Allí se nos presentó por el alcalde señor marqués de Colomer y por el Sr. Gil y Osorio, diputado por el distrito y subsecretario de Gracia y Justicia, una pequeña exposición, mucho más agradable que las de Londres y de París. La exposición consistía en unas flores que llevaban en unos canastillos dos docenas de labradoras de catorce á quince años, que podrían servir de Dorilas en otros tantos idilios, si los había de componer el mismo Virgilio. General hubo allí que les pasó una revista de inspección más minuciosa y más detenida que lo pudo hacer jamás con ninguno de sus regimientos. A todos generalmente nos hicieron muchísima gracia, y hasta hubo severos magistrados que les hicieron completa justicia. La menos hermosa de aquellas jóvenes tenía lo que se llama «la belleza del diablo.» Pregunten ustedes de mi parte al amigo Bastús por qué de las muchachas de poca edad se dice que tienen *la belleza del diablo*. Porque la verdad es que hay feas de quince años que tienen más belleza que todos los diablos juntos. Yo fui el único que trasmití las órdenes de la Reina á aquel coro de ángeles con sayas burdas y peines de similar, con cierta rigidez

socrática, y sin ceder *da miña gravidade*, como se dice del portugués. Estoy muy satisfecho de mi austeridad de entonces, pues ni siquiera al ver la segunda de la mano izquierda se me ocurrió, como á cierto magistrado que yo suponía ajeno de estas cosas, hacer un comentario de aquel pareado de un poeta moderno:

En la tienda te ví, miré á un espejo,
Y ¡oh qué rabia me dió de verme viejo!

¡Perdonad, lector mío! No puedo menos de interrumpir la relación del viaje para hacer una observación que me es completamente personal. Todo esto me interesa á mí solo; pero no puedo menos de escribirlo, porque me interesa mucho. Son las seis y estamos frente á la huerta de Alicante. He suplicado al arzobispo de Cuba que no se olvide de bendecirla al pasar. Allá lejos se percibe la capilla donde naciendo á otra vida más digna, me echaron la bendición nupcial. Mi pobre mujer estará saludándonos en este momento con su pañuelo blanco. No la veo; pero como si la viera. ¿No ha de saludarnos al pasar una mujer que al despedirnos me dijo:—«Si no te quieres acordar de mí, acuérdate de que yo me acuerdo de tí!»—Para ir á corresponder á una expresión tan tierna, casi estoy por decir á la escuadra, como doña Sabina en la zarzuela de *Por seguir á una mujer*,—«¡Que paren! ¡Que paren!»—Pero ¡ay! esto es imposible. En los buques, lo mismo que en la política, como en el amor, como en todo, lo más fácil es embarcarse: el desembarcar es lo difícil.

Pues continuando la serie de las impresiones de nuestra expedición, diré que no puedo menos de recordar con pesar un momento en que los viajeros nos mareamos en tierra firme.

Al llegar al puente que se llama de la Rambla de Elda recibimos un obsequio del Sr. Salamanca, que no le hemos agradecido. Nuestros lectores habrán oído hablar de un

puente alto, muy alto, que los viajeros procuran pasar dormidos para tener el gusto de no verle. Pues bien: encima de aquel puente alto, muy alto, que marea el verlo hasta á los mismos que no se marean en alta mar, tuvo el Sr. Salamanca la feliz ocurrencia, que le agradeceremos que no se repita, de parar el tren para que contemplásemos la belleza y seguridad de la obra. El puente es muy bello desde arriba; pero de seguro nos hubiera parecido mucho más agradable desde abajo.

Pero dejando aparte este recuerdo, que desvanece como la idea de la muerte, pasaremos por las estaciones del tránsito con la brevedad del relámpago, porque estamos muy de prisa. Llegamos á la estación de Monóvar: allí están Faustino Verdú y sus amigos: ¡viva la Reina! ¡viva! Ya estamos en Novelda: allí distingo á Segura y á los suyos: ¡viva la Reina un millon de veces! ¡viva una porcion de millones! Pasemos á Monforte, á Agost, á San Vicente: ¡viva la Reina! ¡viva la Reina! ¡viva la Reina! ¡viva! ¡viva! ¡viva! ¡Qué gentío! ¡qué confusion! ¡qué delirio!... ¡Gracias á Dios que llegamos! un poco magullados, pero en fin, llegamos. La estación de Alicante presentaba uno de los cuadros más animados y más bellos que ninguno de los asistentes habia visto en su vida.

En el centro habia un dosel, debajo del cual se colocó la familia Real, y en el fondo, debajo de una gran cruz blanca, se hallaba colocado el sitio donde el prelado se vistió de pontifical para bendecir el camino.

Y en medio de este cuadro lleno de animacion y de buen gusto, figúrense nuestros lectores tres locomotoras llenas de vida hasta la fiebre, hacer tranquilamente el ejercicio, y marchar de frente, y sin discrepar un ápice, á postarse tranquilamente y con una envidiable devocion, á los piés del sucesor de los Apóstoles, para recibir con un recogimiento, digno de tres novicias, la bendicion del prelado, despues de la cual nuestras terribles conversas lanzaron

á compás y retrocediendo algunos pasos un grito agudo, como si en aquel momento el espíritu de Satanás, espantado del exorcismo, saliese de las entrañas de aquellas nuevas vírgenes de fundicion, dejándolas incólumes de todo pecado, y libres de todo mal pensamiento ulterior de romper la crisma á ningun infeliz viajero que en el porvenir se entregue á su inteligente direccion y á su moderna religiosidad.

Los reyes eran aplaudidos por el pueblo. Las locomotoras fueron aplaudidas por los reyes.

Concluida la bendicion, y prévia la vénia de S. M., el Excmo. Sr. D. Alejandro Mon leyó un discurso en nombre de la sociedad del ferro-carril. El Sr. Mon al encontrarse con aquella historia de la vía-férrea que la sociedad ó compañía tuvo el mal gusto literario de indicarle, debió hacer lo que aquel alcalde de uno de los pueblos del tránsito, que al ver sin duda que el discurso que le habian enseñado, y que probablemente seria la historia de la casa consistorial de su pueblo, no venia al caso en el momento de presentarse la Reina, se dejó de chiquitas, y olvidando la historia que no le habia podido entrar bien en el caletre, sacó del suyo repentinamente la improvisacion siguiente: —«Señora: este pueblo se alegra mucho de ver que vuestra Real Majestad es una real moza.»—Esto que se le ocurrió á un Ciceron de zaragüelles, debió servirle de ejemplo á uno de los dioses de nuestro olimpo parlamentario.

Quando recuerdo las primeras conferencias que el señor Zaragoza y yo, *única y exclusivamente el Sr. Zaragoza y yo*, teníamos para buscar los medios de llevar adelante esta empresa, medios que sólo encontramos en la actividad y carácter emprendedor del Sr. Salamanca, y veo ahora al Sr. Mon hablar en nombre de la empresa constructora con la más absoluta ignorancia de la historia del asunto, y no sólo olvidando los autores del pensamiento, lo cual importa poco, sino hasta tratando de oscurecer con una hojaras-

ca arrancada de árboles estériles la gloria de la sociedad del ferro-carril de Alicante, de algunos celosos gobernadores como los Sres. Cano y Montalvo, y de su único constructor el Sr. Salamanca, me parece que estoy viendo á un príncipe crédulo y mal cazador que asesina á boca de jarro la caza que le han presentado maniatada y casi entre los dientes, y casi casi mascada y digerida. Pero vamos al caso.

Después tomó la palabra el Sr. Salamanca, con una actitud tan fresca, un tono de voz tan fresco, y con tan completa frescura, que antes de hablar, parece que decía al público: «Lo que ha hecho mi compañero, lo hizo sin duda porque ha querido, porque esa bicoca llamada efocuencia, y en la cual han sido fuertes Demóstenes, Cicerón y Mirabeau, es una de las artes liberales más fáciles del mundo, como van Vds. á ver por el siguiente trocito: (y aquí nos largó, como dicen los marinos, el Sr. Salamanca un discurso lleno de citas históricas tan sagaces, tan verídicas y tan oportunas, que varias veces le interrumpieron los «bravos» de la muchedumbre, y ni la presencia de Sus Magestades pudo impedir que de entre el numeroso concurso saliesen vítores al célebre banquero.)»

Concluyamos con la bendición y con las locomotoras. ¡Gloria á nuestro siglo! Él es el único de la historia que ha logrado aprisionar al diablo de la antigüedad, que siempre se presentaba á los mortales en forma de vapor, y unciéndolo con un yugo de hierro, lo ha convertido en un conductor de mercaderías y de cristianos viejos! ¡Gloria á nuestro siglo, vuelvo á repetir, que nos ha presentado al diablo uncido como si fuese un buey!

La escuadra marcha á paso de rey, cuando los reyes van á pié. Son las siete y media y aún estamos sobre Benidorme. Apenas hacemos seis millas por hora. ¡Cuánto dura el tiempo á bordo! Filosofemos por hacer algo y para no vomitar.

Esta gente de Benidorme son los catalanes de los va-

lencianos. Dicen que cada marinero de este pueblo es un centauro.

Nuestro viaje, en el cual siempre llevamos, como dicen los marinos, el bauprés sobre tierra, y en el que vemos pasar en movable panorama las hogueras y los fuegos artificiales ahora, y antes los árboles, los montes, las aldeas y los campanarios, es un viaje por mar que, como la égloga de Melendez Valdés, *huele á tomillo*.

¿A comer, hé? ¡Santa palabra!

¡Cuánto agradecemos al Sr. Quesada, ministro de Marina, que nos haya destinado á este buque con tan buena compañía!

El comandante de la *Perla*, D. Ramon Topete, nos acaba de dar una comida espléndida con una amabilidad y una franqueza verdaderamente encantadoras. Yo no sé cómo hay gentes que aseguran que la marina los *echó á perder*. A mí, el trato de la oficialidad de la fragata me pareció propio hasta para ganar la gloria en este mundo y en el otro. Ignoro la suerte que el destino reservará en el porvenir al Sr. Topete y á su oficialidad; pero ruego al cielo que les aplique parte de nuestra dicha, si esto es necesario para completar la suya. Jamás veré que el cielo se cuelga de nubes para representar una de esas tragedias naturales, que los que hablan naturalmente llaman tempestades, sin que yo encomiende á Dios á esta galante tripulación en mis cortísimas oraciones.

La mar se mueve un poco. ¿Qué será?

Un marino que está á mi lado, algo brusco, pero muy bueno, y que tiene trazas de haberse ahogado trece ó catorce veces por lo ménos, dice que esto no es nada. ¿Qué será algo para este hombre, cuando este movimiento no le parece nada?

Una prueba de que estos balanceos son algo, es que ya voy presumiendo que algunos marineros empiezan á estar de enhorabuena; ya ven con sonrisa fisgona algunas caras

con los signos precursores de que los señores cortesaños, esos buzos impávidos que arrostran sin marearse todas las tempestades del mar de la política, al entrar en un mar de agua que no se mueve, dan muestra de querer lo que en el caló marino se llama *cambiar la peseta*. ¡Cambiar la peseta! singular expresión que recomiendo, para que nos diga su origen genealógico, á la consumada pericia arqueológica de nuestro amigo Bastús.

Además del cambio de la peseta, ese mal que nunca mata, aunque suele ser más odioso que la muerte, al ver la alegría de algunos marineros, no estoy lejos de creer que para divertirnos del todo no están lejos de desear que el cielo nos envíe una pequeña tempestad. Y probablemente este deseo no dimanará de ninguna mala intención. Porque, ¿qué daño nos podría resultar de una pequeña tempestad, aunque fuese grande? Ninguno. Porque los marineros suponen, con razón, que los hombres sabemos todos nadar, y que las señoras ya van provistas de *boyas de salvamento*, como llaman ellos á los miriñaques.

Vamos en la expedición más de una docena de periodistas. Si todos pereciéramos en un naufragio, esta sería una *ley de imprenta* más radical en sus efectos, lo que parecería imposible, que la del mismo Sr. Nocedal.

Pero tiene razón el marinero; estas tres ó cuatro cabezadas de la fragata, no han sido, no son, no pueden ser absolutamente nada.

Este mar Mediterráneo es un inválido de la naturaleza; ni siquiera tiene voz para pedir su jubilación. Este viejo sibarita, enervado por los placeres, ya no puede con la gota, y sólo tiene fuerzas para contar sus interminables glorias con un susurro continuado que se desliza suavemente desde Chipre, Alejandría y Cápua.

¡El viejo Mediterráneo! Tiene razón lord Byron, no recuerdo en qué nota de una de sus obras; este mar es un asunto magnífico para un poema épico, desde la conquista

del Vellocino de Oro, hasta la toma de Sebastopol. Empezando por Baco, y acabando por Pellissier, hay pocas cosas grandes en el mundo de las cuales el Mediterráneo no haya sido, ó la cuna, ó el sepulcro.

¿Qué hora ha dado? Las diez de la noche, y todavía la luna no ha podido disipar las nubes ¡envidiosas! que impiden á los lunícolas ver un espectáculo negado á aquel maldecido país de volcanes inestinguibles. Ahora sí que tienen razón los que á su luz la llaman la sombra de las hadas, y otros el fulgor de los espectros.

Y ya que vamos hácia Valencia y hablamos de la luna, quisiera que nos dijese nuestro colaborador el célebre Bastús qué significa «dejarle á uno á la luna de Valencia», pues yo conozco pocas lunas á las cuales preferiría quedarme con más gusto que á la templada y voluptuosa de Valencia.

Pero el cielo ha empezado á escuchar mis votos. Aún no he acabado de consignar mi sentimiento por la ausencia de la luna, cuando esta aparece radiante á solemnizar la fiesta.

Celebro que haya quedado el cielo sin nubes. Esos navíos del aire, montados acaso por espíritus invisibles, siempre preocupan mi alma. Los carolinos dicen que se trasforman en nubes despues de su muerte, y vienen de cuando en cuando á ver á sus amantes y á sus amigos, ya para bendecirlos por su lealtad, ya para maldecirlos por su inconstancia. Yo cuando me muera me alegraré no convertirme en nube, pues prefiero no volver á ver á las personas queridas, que ver ciertas cosas que he visto al volver de ciertas partes, y sin volver por cierto convertido en nube.

Pero ¿qué es eso? ¡Fuegol! ¡Fuegol! Á las once y media el navío *Francisco de Asís* empieza á arder por todos los extremos de sus vergas. Un movimiento inusitado se pronuncia en todos los buques. La alarma se hace general. Cuando todos esperá-

bamos que los demás buques se preparasen á dar al navío *Almirante* bombas de apagar incendios, lo imitaron, inflamándose todos de repente. No son fuegos, son luces de bengala que abrillantan el mar, y que apagan las estrellas. Parece que Dios ha engarzado de repente algunos aereolitos á las puntas de todas las cruces de los buques, para solemnizar, iluminando la superficie de las aguas con una vivísima eflorescencia, alguna boda que se está verificando entre las ninfas del mar y los espíritus del aire.

Descansemos un momento.

Son las dos de la mañana y estamos doblando el cabo de San Antonio. Es mucha religiosidad la de los españoles. En Alicante ya hemos visto un castillo de Santa Bárbara, otro de San Fernando, un baluarte de San Carlos, etc, etcétera, etc.: ahora estamos doblando un cabo que lo mismo tiene que ver con San Antonio que yo con sus tentaciones; pues maldita la que he tenido hace tiempo, como no sean tentaciones políticas, que suelo tener muchas. Y á propósito, ahora mismo tengo una. Pero bien que esta no es política, pues se trata de otra centena de muchachas de esa inaguantable edad de quince años, que en Alicante, de dos en fondo, fueron presentando á la Reina todos los frutos del país, llevando en la mano derecha una palma virginal, y en la izquierda una cestita de mimbres con su correspondiente legumbre, dátil, flor ó lo que sea, pero sumamente linda, que cualquiera de los circunstantes se convertiría de buena gana en ruiseñor, dátil, flor y hasta legumbre, con tal de ir dentro de alguna de las cestas y ser llevado por aquellas manos, que no puedo concebir que nunca se las pueda comer la tierra. Pero la tierra se las comerá, y será una lástima, como antes no se las coman otros.

Así como en los trages, lo mismo que en los frutos, aquellas expositoras de las industrias del cielo se diferenciaban en el carácter. Las de la marina se distinguen por un temperamento fibroso-nervioso pronunciado: las de la Huerta

de Orihuela son algo nerviosas, pero aunque pese á Rebagliato, enormemente *infáticas*; y sólo las gijonencas y las de la Olla de Castalla nos ha parecido que disfrutan de un perfecto equilibrio de humores, de formas y de todo. Las medias de las de Gijona llamaron la atención por lo bonitas. Ninguna las llevaba, y por eso gustaron tanto. ¡Qué blancura en la tela! ¡Qué suavidad en el tejido!...

Pero dejémonos de tentaciones, porque ya vamos doblando el cabo de San Antonio.

Yo no quiero marearme, y no me marearé. La última vez que fui acometido del mal de mar, me curé con sólo ver á Lisboa, y desde entonces, cuando no quiero marearme, me acuerdo de Lisboa, donde dicen que yo amaba á no sé quién, y me pongo bueno. Suministro este remedio al proto-medico que no sabe curar el mareo más que aconsejando á las gentes que no se embarquen. Lo que es así, también lo curaba yo antes de ver á Lisboa.

Decidido, pues, á no marearme acordándome de Lisboa, voy á acostarme tranquilo...

¡Cielo santo! Dormido con la idea del cabo y de Lisboa, apenas he reconciliado el sueño, se me ha aparecido como al portugués Camoens un nuevo gigante Adamastor. Era la sombra de Roger de Lauria, del célebre almirante del Mediterráneo, que elevándose como dice el grande épico:

Cheos de terra é crespos os cabelos,
á boca negra, os dentes amarellas,

se dirigió á los reyes de la manera siguiente:—«¡Dichosos los reyes tan vitoreados por los pueblos, cuando esos pueblos son libres!

»¡Dichosos los reyes cuando pueden mostrar á los pueblos un sucesor tan bello, y que espero que sea digno de ser la cabeza de una gran nación!

«Y qué significa esa orden del Toison de Oro que el

príncipe lleva colgada de su cuello? Yo no sabía que se podía honrar con honores á la fuente de todo honor.

»Yo en lugar de Vuestras Magestades, en vez de adorar á ese hermoso príncipe con las insignias de ninguna orden, le mandaría hacer un traje de guardia marina que empezase por hacerle atractivo el mar, ese campo de batalla de todas las naciones, ese gran canal por donde se comunican todos los elementos de la civilizaci6n de los pueblos.

»Cuando veo á un príncipe heredero de un gran trono engalanarse con alguna orden, me parece que estoy viendo al Padre Santo aspirando á ordenarse de tonsura. Así, pues, en nombre de mi amigo y señor D. Pedro III de Aragon, el Grande, yo, Roger de Lauria, gran almirante que apresó al príncipe de Salerno, y que venció en Nicotera, Castrovectchio, Gerves y Taranto; en San Feliú, Rosas, Aguas y Provenza, os ruego que este viaje de placer sea el *bautismo de agua salada* de ese príncipe que debéis destinar á que lleve á efecto mi propósito de que no sólo á las naves, sino hasta á los mismos peces, no se les permita cruzar por los mares *como no lleven sobre el lomo las armas del rey de Aragon.*»

Y luego, dirigiendo sus cabellos *crespos*, y sus ojos *lentos de tierra*, á los señores ministros, les dice gravemente:

—«¿A dónde vais ministros del invencible Aragon y de la poderosa Castilla? El rumbo de Oriente era el que escogió para sus empresas mi amigo y señor D. Pedro III de Aragon, el Grande, vengador del infeliz Conradino. Hoy, las escuadras de nuestros reyes no deben seguir más rumbo que el de Occidente; hácia allí está el Africa, esa patria de los rifeños, cuyas piraterías tenemos que vengar, y más allá están las Américas, de cuyas desgracias somos cómplices, y las cuales debemos aliviar...» «¿Qué significa el humo que vomita vuestra escuadra? ¿Es ese el aliento con que respira vuestro siglo? El mio no arrojaba tanto humo, pero en cambio despedía muchos más rayos de luz...» «¿Es

posible, señores ministros, que no se puedan dar más dias de gloria á nuestra patria, con esas galeras tan bien pertrechadas, con la más buena de las Reinas, y en *el reino más hermoso despues del reino de los cielos?...»*

Tales fueron las palabras de la sombra de Roger de Lauria, y como diria el gran Camoens:

«Así contava, e co'hum medonho choro,
súbito d'ante os olhos se apartou;
desfez-se á nuvem negra, e co'hum sonoro
bramido muy longe ó mar soou...»

—¡Ánimo, compañeros!

Ya estamos en el golfo de Valencia; y aquí, como en la playa de Alicante, ya no se vé la luz en el fondo, pero se halla tranquilo como no lo he visto jamás. En este viaje hasta la naturaleza quiere obsequiar á nuestra soberana, pues se conoce que al golfo le ha mandado acostarse, y este ha obedecido, y está durmiendo, aunque supongo que dormirá como las liebres, con los ojos abiertos.

«Pero no hay cuidado! Vuelve á asegurarme el marinero que se ha ahogado ya doce veces, y que ha recorrido otras tantas el diámetro de la tierra, que no hay cuidado. Y efectivamente, creo que no podemos tener ninguno. ¿Qué riesgos puede prepararnos este golfo, comparados con los peligros que nos ofrece diariamente nuestro mar de fondo social?...»

El cambio de la peseta me parece que vá á abrir algunos claros en nuestras filas, y sentiria que esto se convirtiese en un Trafalgar de los estómagos. Tenemos parte de que el ama del Príncipe de Astúrias ha empezado á marearse. ¡Secretos de la Providencia! Una graciosísima hija de Gijon, una ribereña del más soberbio de los mares, ha venido á marearse en una cazuela de agua. Por vida de don Pelayo, que no esperaba que mi bella paisana hubiera sido el primer *caso*. Todos mis compañeros de viaje sienten mucho no ir en el navío para poder prodigarla sus cuidados;

aunque, en último resultado, la enfermedad no es de peligro.

Este golfo, como las grandes ciudades, aunque se halle en completa calma, parece que siempre nos está amagando con una revolución submarina. Aquí las olas ya no nos acarician tan dulcemente como si fuesen pechos de sirena. Al doblar el cabo, el viejo Mediterráneo, irritado sin duda por la gota, empieza á estirar un poco los piés, y en estas horas de movimientos nerviosos yo siempre procuro alejarme, no porque tema á su cólera estenuada, sino porque de una patada involuntaria, ¡por San Francisco de Borja! que sin querer, nos puede mandar á comer cacahuets á las playas de Gandía. Pero, ¡nada, nada! Hoy el viejo ha proscrito hasta los movimientos convulsivos de la gota, y ha renunciado á su verbosidad senil, dejando de contarnos con sus rumores eternos las glorias de sus Milciades y sus Laurias, y las crónicas escandalosas de sus Elenas y sus Cleopatras. ¡Muchas gracias, señor Mediterráneo! ¡Muchas gracias, señor golfo de Valencia!

Vamos á tierra. ¡Qué lástima! Por esta vez, de buen grado sentaría plaza de marino, si no fuera por el mareo, las tempestades, y lo que es peor, el olor á brea. Nuestra tripulación de poetas se despide enternecida de esta tripulación de valientes. Una misma brisa nos ha conducido esta noche á todos juntos. Arrastrados por la necesidad infinita de vivir, de formarse ilusiones, de amar inmensamente y de ser dichosos, ¿á dónde nos llevarán desde hoy á todos nosotros los inconstantos vientos de la vida?...

Por hoy el ánsia de felicidad nos lleva á Valencia, que si no es el paraiso terrenal, para mí es el paraiso de la tierra. ¡Cuántos deseos satisfechos! ¡Cuántas esperanzas cumplidas! ¡Cuántos recuerdos que no me serán arrancados del fondo del alma como no sea arrancándome la existencia! Al ver á Valencia, el corazón me palpita como si fuera á quebrarse!...

ADVERTENCIA.

El ilustrado redactor de *La Epoca*, Sr. D. ILDEFONSO ANTONIO BERMEJO, en su obra *La Estafeta de Palacio*, en la cual suele mezclar los hechos de la historia contemporánea, con una parte anecdótica que la hacen muy variada y muy interesante, ha tenido por conveniente hacer mencion, de un modo más ó ménos pintoresco, de los resultados de una polémica que el autor de este libro siguió en *La Epoca* con el periódico titulado *El Contemporáneo*.

El autor de este libro, que no quiere rehuir ninguna de las responsabilidades que le puedan caber por haber sido cómplice, voluntario ó forzoso, de algunas de las miserias de su tiempo, inserta el artículo que resume la polémica á que se refiere la anécdota del Sr. BERMEJO.

Haremos aquí tambien una observacion que no está fuera de propósito. Si hay algun lector que se tome la molestia de hojear este libro, verá que el autor suele repetir la frase siguiente:—«Si el Sr. CASTELAR llegase á mandar, que no mandará....»—En esto el autor se ha equivocado. En lo que no se ha equivocado es en lo esencial; esto es, en que el Sr. CASTELAR, al mandar, ha venido á darle la razon con una conducta leal que hace honor á su talento y á la grandeza de su alma, cualidades que el autor de este libro es el primero en reconocer y admirar en el Sr. CASTELAR.

Con respecto á la polémica á que se refiere el Sr. BER-

MEJO, el Sr. CAMPOAMOR, sintiendo haber estampado las frases poco consideradas que se le hayan podido escapar en el calor de la discusion, tiene la pretension de creer que los hechos han venido tambien á darle toda la razon, y á quitársela, por consiguiente, á su amigo el Sr. D. JUAN BAUTISTA TOPETE.

Y el Sr. TOPETE, hombre de valor reconocido y de gran vehemencia y sinceridad en sus opiniones, no nos negará hoy que al arrastrar á la marina, acaso sin él saberlo ni quererlo, á poner fin al reinado de D.^a Isabel II, uno de los más gloriosos de que hará mencion la historia del género humano, vino á justificar él mismo las tristes previsiones del autor de la polémica. Es de creer hoy que el Sr. TOPETE, en vista del resultado de sus opiniones y de su conducta, no insistirá en sostener que es prudente barrenar, directa ni indirectamente, ni en la teoría ni en la práctica, el principio de autoridad, cuando, por haberse fallado á este principio, vemos con escándalo y vergüenza que de sublevacion en sublevacion la parte mejor de aquella escuadra que acababa de sostener tan bizarramente la honra del pabellon nacional en una guerra, por cierto bastante injusta, contra algunas de las repúblicas de América de origen español, vino por último á concluir por ser mandada en Cartagena por una cuadrilla de presidiarios que han reproducido en las costas de su misma patria las fechorías de los antiguos piratas argelinos.

¿Quién, pues, defendia mejor en la polémica á que alude el Sr. BERMEJO los verdaderos intereses de la marina, el Sr. TOPETE ó el Sr. CAMPOAMOR?

Para que falle en definitiva esta cuestion, no apelamos al juicio de la armada ni á la opinion de las gentes imparciales, sino á la conciencia misma del Sr. D. JUAN BAUTISTA TOPETE.

INTRODUCCION

á la carta VI de la obra titulada LA ESTAFETA

DE PALACIO.

De cosas leves y diminutas surgen los más grandes sucesos que registran las historias del mundo. Sin un Hidalgo, me dicen, no habria habido enojo en la artillería, y sin enojo de la artillería no habríamos tenido renuncia real, y sin renuncia régia no hubiese venido la República. Pero la Providencia se vale de cosas pequeñas para producir cosas grandes.

Opinando de este modo, yo podia decir: sin Topete, no habríamos tenido insurreccion marinera; sin insurreccion marinera no tendríamos revolucion de Setiembre, y sin revolucion de Setiembre no tendríamos República; con que Topete fué el agente providencial para tantos desaguisados.

Pues voy á deciros una cosa, señor: la Providencia quiso que existiese Topete, y para ello no aportó en un momento dado toda la fuerza necesaria á la mano de un eminente poeta, muy amigo mio, que se llama Campoamor. Si hubiese tenido tanto empuje en la diestra mano para blandir el sable como tuvo entendimiento para escribir *Doloras*, Topete no existiría, y, siguiendo aquel silogismo, no habria venido la revolucion de Setiembre. Habré picado la curiosidad de V. A. con estas indicaciones. Pues escu-